

# WILBERTO CANTÓN

## Pablo Neruda en México

(1940 - 1943)\*

Recuerdo a Pablo Neruda —pausado, tremolamente, rítmico— leyendo su magnífico *Canto para Bolívar*, una noche de borrasca en el Anfiteatro que en la Universidad de México se enorgullece con el nombre del Libertador. Lo recuerdo bajo el emparado de la casa que fuera de Ramón López Velarde, en Mixcoac, presidiendo silencioso un banquete improvisado donde no se habló del amor, sí de la poesía. Lo recuerdo riendo con su ancha risa, allá entre los caracoles que invadían su departamento que, además de ellos, se ornaba sólo con un retrato de Lope de Vega, otro de García Lorca, y la reproducción de un óleo del *douanier* Rousseau: *El gitano dormido*, me parece.

De la primera ocasión me quedó grabado el acento lírico y subterráneo de su lectura: sílabas casi cantadas, en una melodía simple y primitiva, como de sacerdote medieval. Lectura quizás la única posible para sus versos, tan reacios a entregar su secreto en la técnica habitual de la declamación tan rebosante de una pulpa mística difícil de comunicarse a quienes no tengan postura espiritual semejante, cuanto fáciles de contagiar sus modos verbales, que han definido una época de la retórica hispanoamericana. \*

De la segunda —días más tarde—, permanece la extraña desazón sentida cuando, al voltear las páginas de la revista estudiantil *México y la Universidad*, en donde apareció el *Canto para Bolívar*, el poeta tropezaba silenciosamente con un breve, telúrico comentario mío titulado *Voz de tierra: Neruda*; él pasaba y repasaba las páginas, cada vez leía timidamente algún trozo, y nunca expresó el comentario que los presentes esperábamos.

De la tercera —poco antes de su salida de México—, revivo una anécdota. Eran los días previos a la primavera de 1943. Pablo quiso hacer una revista en cuyas páginas la

poesía y la política se dieran la mano. Después de largos debates se decidió llamarla «La sangre y la letra», expresión la más compacta que pudo lograrse de nuestras intenciones. Pablo sería el editor; los directores José Iturriaga, Andrés Henestrosa y Juan Rejano; el secretario, yo. Como redactores figurarían cinco mexicanos y cinco españoles y una larga lista de colaboradores de todos nuestros países avalaría la publicación.

Para decidir secciones y colaboración, comenzamos a tener reuniones periódicas. Sentados alrededor de un larga mesa, discutíamos, mientras nos servían vinos y guisos chilenos. (Delia, «la hormiguita», compañera del poeta, hacía juegos malabares con la economía). José Revueltas prometió narrar el dramático adiós de un antifacista que se despidió de él en la frontera de Rusia, rumbo a Alemania. Nicolás Guillén y Jacques Roumain nos mandaron poemas... La empresa marchaba.

Las finanzas eran atendidas personalmente por Pablo. ¡Cualquiera puede imaginarse cómo andarían! Pero contra viento y marea se logró reunir un fondo de mil pesos, donados por patrocinadores anónimos cuya identidad Neruda defendió con denuedo inverosímil; todos sospechamos que él mismo era el único patrocinador... Los entusiasmos crecieron ante la perspectiva de un primer número ya libre de problemas económicos. En la próxima junta, todos quisimos ver de nuevo los azules billetes a los que correspondía presidir nuestras deliberaciones.

Nunca hubiéramos sospechado que Pablo eligiera para guardar nuestro capital una primorosa edición ilustrada de Walt Whitman, resplandeciente en uno de los librerías de la sala. Cuando el poeta nos lo reveló, todos sonreímos; él se dirigió hacia el libro, lo abrió y... ¡nada! Los mil pesos habían volado. Con gesto febril, Pablo volvía las

\*De *Posiciones*: México, 1950.

hojas, registraba las tapas, estropeaba la «camisa». A gritos pidió que revisaran las bolsas de todos los trajes que había usado en la semana. La casa se puso en movimiento. El corrió hacia el escritorio, vació los cajones; levantó la alfombra. Vociferaba como nunca lo habíamos visto hacer.

Nosotros, en silencio, sufríamos la angustia del poeta. Nos quebrábamos la cabeza ideando soluciones. De pronto, se me ocurre levantar del suelo el ejemplar marchito de *Leaves of Grass* y comienzo a examinarlo detenidamente. Y he aquí que tuve un hallazgo imponderable: con letra muy pequeña, cuidadosa, en un ángulo de la tapa decía: »Véase Bernal Díaz del Castillo, T. II, p. 309«.

Acudimos todos al libro indicado, y en la página 309 encontramos otra señal: »Ver Santa Teresa, p. 120«. Y de Santa Teresa se nos mandó a Milocz, y de éste a César Vallejo, y de Vallejo a Elizabeth Barret Browning, a Esquilo, a Dante, a Rilke, a Platón, a Rabin-dranath Tagore, a Ercilla, a Goethe, a Dostoievsky... ¡Fue un viaje por toda la literatura mundial! Al fin, en la página 213 de los *Cuentos* de Andersen hallamos nuestro tesoro. Nunca averiguamos quién fue el bromista; pero hasta hoy tengo la idea de que fue Antonio Fernández de Castro. Por lo demás, la revista no apareció nunca. Neruda se fue pronto de nuestro país, entre terremotos literarios, y los mil pesos regresaron a las bolsas respectivas de nuestros desconocidos mecenas.

Aunque desde principios de 1940 se rumorara que vendría a residir a México<sup>1</sup>, es hasta el 16 de agosto del mismo año que Pablo Neruda llega a nuestro país. De riguroso incógnito los primeros días, poco a poco va trascendiendo la noticia de su presencia. Se le ve acompañado de algunos exiliados españoles; se sabe que se aloja en el Hotel Montejo. Su primera declaración pública la hace en entrevista con Raúl Ortiz Avila. Dice: »Tienen ustedes en México grandes poetas: quisiera que en Chile los poetas tuvieran como los de aquí, esa peculiaridad que radica en la forma... Yo no puedo decirles a los poetas de Chile nada sobre este asunto, porque precisamente yo he perseguido deshacer la forma, la forma que es propia de México«<sup>2</sup>.

Declaración tan secretamente contradictoria, tan levemente polémica, se completa con una rotunda afirmación en favor de los republicanos españoles<sup>3</sup>.

Las primeras actuaciones públicas de Neruda en México, aparte su presencia en banquetes y reuniones, es en dos sucesos fúnebres, en los que escribe sendos poemas: la muerte de Tina Modotti, fotógrafa, y la de Silvestre Revueltas, el máximo compositor musical de México. En esta segunda, lee personalmente su poema *Murió Silvestre Revueltas*, al borde de la abierta fosa, ante la que también hablaron Adalberto García de Mendoza, Manuel M. Ponce, Gregorio Corde-ro León, Carlos Chávez, José Revueltas, José Bergamín y Enrique Ramírez y Ramírez<sup>4</sup>.

Poco después ha de haber ocurrido el incidente que separó a Neruda del grupo más activo de nuestra literatura. Fue a propósito de la elaboración de la antología *Laurel* (Editorial Séneca, 1940), en la que se negó a aparecer por razones que no se han puesto en claro. Su negativa y la de León Felipe dejaron sensibles vacíos en esa exposición frecuentemente acertada de la poesía hispanoamericana, completada hasta con la inclusión del antolofobo Juan Ramón Jiménez, a quien aplicaron la sentencia que hace del silencio aquietencia.

En uno de los grandes banquetes ofrecidos a Neruda, éste rompió violentamente con Octavio Paz, uno de los responsables de *Laurel*. El ambiente generalmente apacible de nuestras letras, se caldeó con estos sucesos hasta una temperatura inusitada, en la que se injuriaban los dos grupos en que se escindieron los escritores: nerudistas y antinerudistas. Quienes no tomaron parte en el combate, fueron espectadores atentos y regocijados. Sólo los pintores, entre nosotros, se habían atrevido a tanta violencia y tanta publicidad. Antes ni después ha ocurrido nada semejante en nuestro medio de cortesía, diplomacia y crítica secreta.

En sus funciones consulares, el poeta organizó una pequeña exposición del libro chileno, dentro del propio recinto de sus oficinas, y editó una revista de información patriótica titulada *Araucanía*, en la que cola-

<sup>1</sup> *Romance*, Año 1, Núm. 1. Febrero de 1940.

<sup>2</sup> LÓPEZ TRUJILLO, Clemente: »Nerudistas y antinerudistas«. En: *El Nacional*, México, D. F., 24 de agosto de 1940.

<sup>3</sup> *Romance*, Año 1, Núm. 15, septiembre de 1940.

<sup>4</sup> »Los funerales del gran compositor mexicano Silvestre Revueltas«. En: *El Nacional*, México, D. F., 7 de octubre de 1940.

boraban algunos escritores mexicanos<sup>5</sup>. Tiempo después, editó otra parecida, con el título de *Noticias de Chile*. De ambas aparecieron muy pocos números.

Hacia la primavera de 1941, en el Anfiteatro Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria, leyó un magnífico discurso, publicado después en *Tierra Nueva*. La ocasión fue un acto organizado por ARDE (Asociación revolucionaria de estudiantes), para recibir a dos universitarios (Luis Echeverría y José López Portillo) que volvían a México después de una estancia de pocos meses en Santiago de Chile, asistiendo a los Cursos de Verano de su Universidad.

Dijo el poeta: «Una nueva mitología de oradores nos conduce a fáciles halagos. Creemos halagarnos mutuamente destacando los parecidos que existen entre nuestros países. Yo, por mi parte, os aseguro no existir dos naciones hermanas tan diferentes como México y Chile... Entre Acapulco, azul, y Punta Arenas, polar, está toda la tierra, con sus climas y sus razas y sus regiones diferentes... Mexicanos y chilenos nos encontramos (tan sólo) en las raíces y allí debemos buscarnos: en el hambre y en la insatisfacción de las raíces, en la busca del pan y la verdad, en las mismas necesidades, en las mismas angustias, sí, en la tierra, en el origen y en la lucha terrestre nos confundimos con todos nuestros hermanos, con todos los esclavos del pan, con todos los pobres del mundo»<sup>6</sup>.

Poco después, Neruda volvía al mismo Anfiteatro, a participar en el homenaje a Bolívar organizado por la Rectoría de la Universidad, la Sociedad de Alumnos de la Facultad de Derecho y la Cruzada Continental «Simón Bolívar» (organismo, este último, de dudosa existencia). El primer orador fue el filósofo español Joaquín Xirau, quien tituló su discurso «Bolívar, patriota español». Después de la actuación de una soprano y del discurso de un representante estudiantil (Alfredo de Lara), el organizador Arturo Llorente González anunció a Pablo Neruda, quien bajó a la tribuna, papel en mano, para leer su magnífico *Canto a Bolívar*. El público, silencioso y emocionado, escuchó la poesía valiente, rotunda, encen-

didá; y la lluvia de aplausos al final fue el más elocuente testimonio de su adhesión. Pero cuando el entusiasmo desbordaba, un grupo fascista, de antemano organizado, inició el escándalo.

Desde la parte alta del Anfiteatro, varios jóvenes falangistas lanzaron «muera» a la República Española, «vivas» al Generalísimo y «porras» salvajes y groseras que lesionaban el decoro universitario. Mientras el Rector, los Embajadores y demás autoridades salían apresuradamente, el resto del público se lanzó contra los alborotadores, y al poco rato ya era todo una batalla campal... Como desagravio al poeta, la Universidad editó, en una de sus más lujosas «plaquettes», el *Canto para Bolívar*, ilustrado por Julio Prieto.

Otro contacto estudiantil tuvo ese año Neruda, esta vez en la vieja Universidad de San Nicolás de Hidalgo que antes de su salida lo hiciera «Maestro honoris causa». De su visita al Estado de Michoacán se conservan recuerdos imprecisos. El valioso núcleo de jóvenes intelectuales de Morelia recibió su mensaje: «Desde hoy hago la adquisición de vuestra existencia, jóvenes fraternales, y sé que desde ahora, en mi recuerdo no estarán vacíos los bosques ni las bellas piedras monumentales, sino pobladas por el fuego, por la juventud, por la esperanza, por lo que sois y seréis, por el espíritu que defendéis con vuestra presencia en esta sala en torno a un hombre que no busca otra manera de ser grande que la de ser humano... Que mi paso entre vosotros, jóvenes y fraternales corazones, os ayude a caminar, desde las nobles piedras de Morelia, por la ruta del conocimiento, de la inteligencia, de la cultura, hacia la fraternidad final entre todos los hombres»<sup>7</sup>.

El año terminó con un atentado. Pablo Neruda y Luis Enrique Délano, con sus respectivas esposas, estaban en el Parque Amatlán, de Cuernavaca, el 29 de diciembre de 1941. Según la versión del poeta, en el momento en que brindaban por los presidentes Roosevelt y Avila Camacho, un grupo de alemanes, que salían de un reservado, se les acercó para increparlos por su manifestación

<sup>5</sup> «Vida intelectual y artística». En: *El Nacional*. México, D. F., 11 de febrero de 1941.

<sup>6</sup> NERUDA, Pablo: «Discurso». En: *Tierra Nueva*, Revista de letras universitarias, Año II, Núms. 9 y 10, México, mayo-agosto de 1941.

<sup>7</sup> «El poeta y diplomático Pablo Neruda en Morelia». En: *El Nacional*, México, D. F., 18 de octubre de 1941. «La estancia del poeta chileno Pablo Neruda en Morelia, Mich.». *Id.*, 22 de octubre de 1941. — «Pablo Neruda en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo». *Id.*, 22 de agosto de 1943.

democrática. Y sin dar tiempo a mayores explicaciones, se lanzaron sobre Neruda, botellas en mano, lesionándolo hasta el punto de ameritar sobre su cabeza los vendajes que le dan aspecto oriental en las fotografías que publicaron los diarios del siguiente día<sup>8</sup>.

1942 es el año del apogeo de su poesía política, con los dos discutidos *Cantos* a Stalingrado. El primero de ellos fue leído en un acto organizado por la Sociedad de Amigos de la U.R.S.S., en el Teatro del Sindicato Mexicano de Electricistas, el 30 de septiembre. Poco después apareció en un pliego que se fijó en las calles de México, entre el escándalo de quienes creían vedado para la poesía un tan directo medio de comunicación. Entre las muchas polémicas —casi todas verbales— suscitadas por el primer *Canto a Stalingrado*, fue particularmente violenta la habida en la Página Universitaria del diario *Novedades*<sup>9</sup>.

Poco después, Neruda leía en un banquete su *Nuevo canto de amor a Stalingrado*, en donde refutaba directamente a sus atacantes:

*Yo sé que el viejo joven transitorio  
de pluma, como un cisne encuadernado,  
desencuaderna su dolor notorio  
por mi grito de amor a Stalingrado*

*Yo pongo el alma mía donde quiero,  
y no me nutro de papel cansado,  
adobado de tinta y de tintero.  
Nací para cantar a Stalingrado.*

*Guárdame un trozo de violenta espuma,  
guárdame un rifle, guárdame un arado,  
y que lo pongan en mi sepultura  
como una espiga roja de tu estado,  
para que sepan, si hay alguna duda,*

*que he muerto amándote y que me has amado,  
y si no he combatido en tu cintura  
dejo en tu honor esta granada oscura,  
este canto de amor a Stalingrado.*

Poco después, el poeta recibe una carta de Ilya Ehreburg<sup>10</sup>, en la que el gran

<sup>8</sup> »Brutal atropello de nazis a dos cónsules chilenos«. En: *El Nacional*, México, D. F., 29 de diciembre de 1941. — »Un atentado a Pablo Neruda en Cuernavaca, Mor.« En: *El Nacional*, México, D. F., 31 de diciembre de 1941. — »Atraco de quintacolumnistas al Cónsul de Chile«. En: *Excelsior*, México, D. F., 29 de diciembre de 1941. — »D. Pablo Neruda«. En: *Excelsior*, 30 de diciembre de 1941.

<sup>9</sup> Cfr. »Página Universitaria«. En: *Novedades*, México, D. F., días 22 y 29 de octubre y 5 y 12 de noviembre de 1942.

escritor soviético le recuerda sus experiencias en Madrid y en París: »¿Tú conoces el olor de la muerte parda!«, le dice. Y le agradece que, desde América, continente feliz, Neruda haya cantado la epopeya de la ciudad rusa. Correspondiendo el gesto, el chileno prologa un tomo de traducciones de las crónicas de guerra de Ehreburg: *Muerte al invasor* (1942).

El 18 de junio del año siguiente (1943), fue enterrada en México la señora madre del líder y militar brasileño Luis Carlos Prestes, a la sazón prisionero en una celda triangular de una infame cárcel de Río de Janeiro. Algunos prominentes políticos izquierdistas mexicanos hicieron gestiones ante el gobierno del entonces Presidente Getulio Vargas, con el fin de lograr que Prestes viniera a ver por última vez el cuerpo de su madre; pero el tirano no escuchó sus voces. Pablo Neruda, eternizando su venganza en un poema leído ante la tumba de doña Leocadia Felizardo de Prestes<sup>11</sup>, dijo:

*Señora, hiciste grande, más grande a nuestra América,  
le diste un río profundo de colosales aguas:  
un hijo tuyo digno de su patria profunda.*

*No hay cárcel para Prestes que esconda su diamante.  
El pequeño tirano quiere ocultar el fuego  
con sus pequeñas alas de murciélago frío  
y se envuelve en el turbio silencio de la rata  
que roba en los pasillos del palacio nocturno.*

Al respecto, el Embajador del Brasil hizo declaraciones poco favorables: dijo que Prestes estaba sentenciado por delitos del orden común, y no políticos. Con lo cual dejaba mal parados a los mexicanos que se interesaron por su venida. Al mismo tiempo, se supo que el gobierno brasileño había protestado ante el de Chile por la actitud del Cónsul por lo que se adivinó su próximo retiro del cuerpo consular. Sin embargo, el poeta afirmó:

—Como Cónsul General de Chile (y no representante diplomático), mi deber es trabajar por la intensificación de las relaciones comerciales y culturales entre México y mi país. Pero como escritor, mi deber es defender la libertad como norma absoluta

<sup>10</sup> »Carta de Ilya Ehreburg a Pablo Neruda«. En: *El Nacional*, México, D. F., 29 de noviembre de 1942.

<sup>11</sup> »Gráficas de los funerales de la señora Prestes«. En: *El Nacional*, México, D. F., 19 de junio de 1943.

de condición civil y humana, y ni reclamaciones ni incidentes de ninguna especie cambiarán mis actuaciones ni mi poesía... Yo soy un hombre que no acostumbra retractarse de sus actos, y menos cuando se trata de cumplir mis obligaciones de hombre libre... Los escritores chilenos tenemos una tradición: al aceptar un cargo público o una función del gobierno, por alta o modesta que sea, no acostumbramos hipotecar nuestra libertad ni nuestra dignidad de hombres libres y, mucho menos, variar la fidelidad a los principios ideológicos o sociales que cada uno en su esfera representan... Sobre la situación jurídica de Luis Carlos Prestes no bastan las afirmaciones oficiales. Todos sabemos cómo se fraguan ciertos procesos por delito común, para aniquilar a adversarios políticos...<sup>12</sup>

Los perfiles cómicos fueron agregados por el epigramista del diario *Excelsior*, quien preguntó:

*Se reveló que Neruda  
con sus poemas ataca,  
con sus ataques, destaca,  
y Consulado, se ayuda.  
Entre empeños tan diversos,  
tú la consecuencia saques:  
¿Libra mejor los ataques,  
o peor escribe los versos?*<sup>13</sup>

Duda que, concreción del concepto que muchos escritores mexicanos tuvieron de la actitud poético-política de Neruda, fue seguida al día siguiente por este otro epigrama:

*Si el Brasil está picado  
por lo del Cónsul de Chile,  
y Chile por lo de Arica  
también se encuentra enchilado,  
pues con tanto chile y chile  
ya repica  
este guisado*<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> «Neruda dice que no acostumbra retractarse de sus actos». En: *Excelsior*, México, D. F., 22 de junio de 1943.

<sup>13</sup> *Excelsior*, México, D. F., 22 de junio de 1943.

<sup>14</sup> *Excelsior*, México, D. F., 23 de junio de 1943.

Aunque sin conexión con el incidente, este epigrama me trae a la memoria otro, atribuido a Salvador Novo, que circuló mucho durante la visita que el Presidente de Chile, Juan Antonio Ríos, hizo al de México, Manuel Avila Camacho. Lo reçojo aquí a título de curiosidad, expuesta a pérdida segura:

*¡Oh, sufrido pueblo azteca!  
Con tamalada y desfile  
el Presidente de Chile  
vino a ver al de manteca...*

Pero el asunto pareció quedar ahí. Oficialmente no hubo nada más. Fueron los días en que se proyectó «La sangre y la letra», según queda dicho. En julio del mismo año, se realizó en México la Conferencia Continental de la Juventud por la Victoria, en cuya clausura, en la ciudad de Puebla, tuve el honor de leer unas cuartillas escritas especialmente por Neruda, a los jóvenes de América<sup>15</sup>.

Seguramente que la pequeña tregua fue sólo un ardid oficial para no dar mayor relieve al «caso Prestes-Neruda». En agosto se supo que había pedido una licencia por seis meses de su puesto en México, aunque después de su vuelta a Chile haya dejado el servicio consular, no sé si voluntariamente, para consagrarse a la política militante. Cuando todos sus admiradores le preparaban homenajes, Neruda concedió al periodista español Alardo Pratts, una entrevista en la que dijo cosas sorprendentes:

—Para mí, lo mejor de México son los agrónomos y los pintores... Considero que en poesía hay una absoluta desorientación y una falta de moral civil que realmente impresiona... La novela mexicana, en cuatro de sus representantes más jóvenes: Juan de la Cabada, Ermilo Abreu Gómez, José Revueltas y Andrés Henestrosa, llega a alcanzar las expresiones de un nuevo clasicismo... El ensayo ha sido maleado por una generación anémica...<sup>16</sup>

Añadidos a sus conceptos sobre la misión del escritor y la explicación de su postura antifascista, estas radicales opiniones —que más tarde dulcificó algo en entrevista posterior—, provocaron la ira que se manifestó en las «despedidas» que desde *Letras de México* le dedicaron Octavio Paz y José Luis Martínez<sup>17</sup>.

El primero dijo: «Lo que nos separa de su persona (de Neruda) no son las convicciones políticas, sino, simplemente, la vanidad... y el sueldo. La vanidad que lo obliga a aceptar cada seis meses, banquetes y homenajes de esas mismas personas que llama «carentes de moral cívica»; y el sueldo, que le permite ofrecer mesa y cantina libre a una jauría que adula su resentimiento injuriando a todos aquellos que aún creen que la repú-

<sup>15</sup> Sección juvenil de la Asociación Mexicana por un Mundo Libre, *Boletín*, Año I, Núms. 1 y 2, 1943.

<sup>16</sup> Revista *Hoy*, México, D. F., agosto de 1943.

<sup>17</sup> *Letras de México*, Año VII, Núm. 8, 15 de agosto de 1943.

blica de las letras nada tiene que ver con las viejas satrapías de Oriente».

El segundo dijo: »Si a las valientes actitudes humanas del señor Neruda se uniera su excelencia poética, no desnaturalizada, la causa a que sirve ganaría una fuerza menos dudosa que la que hoy tiene y la poesía podría contar de nuevo con su extraviada producción actual. ¿Para qué añadir que ello nos hubiera evitado también estos juicios ligeros y resentidos con que se despide de nosotros Pablo Neruda?»

Coincidiendo con tales violencias, circularon y aparecieron en los muros de las calles, invitaciones a un homenaje de despedida, al que convidaban Lázaro Cárdenas, Marte R. Gómez, Miguel Alemán, Javier Rojo Gómez, Fernando Foglio Miramontes, Eduardo Villaseñor, Vicente Lombardo Toledano, Manuel R. Palacios, Enrique González Martínez, María Asúnsulo, Alfonso Reyes, Dolores del Río, José Clemente Orozco, Carlos Chávez, Narciso Bassols, Antonio Castro Leal, Martín Luis Guzmán, Alejandro Carrillo, Dr. Ignacio Millán, entre otras personalidades mexicanas; figuras prominentes de exiliados españoles, alemanes, checoslovacos, etc.; y organizaciones tales como el Sindicato de Ferrocarrileros, el de Mineros, el de Petroleros, el de Electricistas, el de Artes Gráficas, el de Textiles, el de Azucareros, el de Cinematografistas y el de Tranviarios.

El acto se realizó en los salones del Frontón México, el día 27 de agosto de 1943. Asistieron, según cálculos periodísticos, entre mil y dos mil personas. Además de los mencionados como invitantes, estuvieron presentes Andrés Henestrosa, Enrique Diez-Canedo, Rafael Heliodoro Valle, Luis Cardoza y Aragón, Manuel Altolaguirre, Juan Rejano, León Felipe, Rafael F. Muñoz, Efraín Huerta, Alberto Quintero Alvarez, Pedro Garfias, Manuel Rodríguez Lozano, Miguel Othón de Mendizábal, Jesús Silva Hertzog, William Berrien y Carlos Obregón Santacilia. Se recibieron, entre otros, mensajes de adhesión de Lázaro Cárdenas, Emilio Portes Gil, Constantino Oumansky, Ana Seghers, Juan Negrín, Archibald Mac Leish, Juan Marinello, Nicolás Guillén y Rafael Alberti

Los oradores fueron Wenceslao Roces, Alfonso Reyes, César Martino y Vicente Lombardo Toledano. Las frases más desta-

cadadas que dedicaron a Neruda fueron: »Cantor del segundo frente« (Roces); »Poeta de la juventud y de la esperanza« (Reyes); »Síntesis armónica de las cualidades del hombre de América« (Martino); »Embajador extraordinario de América en la conferencia de la paz« (Lombardo Toledano)<sup>18</sup>.

Para terminar, Neruda dijo, con ese su misterioso tono profundo, como salido de las entrañas mismas de la tierra, las palabras fosfóricas de su último poema, palabras aún trémulas de aparición, recién nacidas, llenas del barro que tocó su cuerpo sideral al caer a la mano del poeta:

... *En mi vida, México, vives como una pequeña águila equivocada que circula en mis venas, y sólo al fin la muerte le doblará las alas sobre mi corazón de soldado dormido.*

El día 30 del mismo mes, partió por la vía aérea. A despedirlo fueron muchos amigos mexicanos y españoles, llevando típicos »mariachis« que le cantaran *Las golondrinas*. Las últimas palabras del viajero, fueron:

—Me voy con el deseo de volver pronto, llevándome a México en el corazón. Donde quiera que esté no he de olvidar a este bueno y generoso pueblo. En Chile, mi mayor ambición será no perder contacto con mis amigos de México...<sup>19</sup>

La obra de Neruda publicada durante su estancia en México es la siguiente: EDICIONES: *Las furias y las penas* (1940). — *Un Canto para Bolívar*. Imprenta Universitaria. México, 1941. — *Canto a Stalingrado*. (Editado por SAURSS y *España Popular*). — *Nuevo Canto de Amor a Stalingrado*. Editado por Comité de Ayuda a Rusia en Guerra. México, 1943. — *Canto General de Chile*. México, D. F. (Sin fecha. Impreso a principios de 1943. Edición limitada a 100 ejemplares y dedicada a varios amigos.)

<sup>18</sup> »Homenaje al poeta continental Pablo Neruda«. En: *El Nacional*, México, D. F., 22 de agosto de 1943. — »Pablo Neruda fue despedido cariñosamente«. En: *El Nacional*, México, D. F., 28 de agosto de 1943. — »Homenaje de despedida al poeta Pablo Neruda«. En: *El Nacional*, México, D. F., 29 de agosto de 1943. — »Adiós de los españoles a Pablo Neruda«. En: *El Nacional*, México, D. F., 29 de agosto de 1943. — »Estrepitoso homenaje de despedida se tributó al poeta Pablo Neruda«. En: *Excelsior*, México, D. F., 29 de agosto de 1943.

<sup>19</sup> »Partió ayer Pablo Neruda«. En: *El Nacional*, México, D. F., 31 de agosto de 1943.

EN REVISTAS Y PERIÓDICOS: «Un canto para Bolívar» (*México y la Universidad*, Año II, Núm. 1. México, D. F., 31 de julio de 1941). — «Canto General de Chile» (*Letras de México*, Año V, Vol. III, Núm. 4, México, D. F., 15 de abril de 1941). «Canto General de Chile» (*Ars*, ?). — «Murió Silvestre Revueltas» (*El Nacional*. México, D. F., 7 de octubre de 1940). — «Tres poemas de Pablo Neruda». (*Rueca*, México, otoño de 1942). — «El corazón Magallánico». (*Cuadernos Americanos*, Año I, Núm. 2. México, marzo-abril de 1942). — «Melancolía cerca de Orizaba» (*Cuadernos Americanos*, Año II, Núm. 2. México, marzo-abril de 1943). — «Canto a los Ríos de Alemania». (*Alemania Libre*, ?). — Discurso en Morelia (En: «La estancia del poeta chileno Pablo Neruda

en Morelia, Mich.» *El Nacional*. México, D. F., 22 de octubre de 1941). — «Miguel Prieto». (*El Nacional*, 19 de octubre de 1941). — «Discurso» (*Tierra Nueva*, Año II, Núms. 9 y 10. México, D. F., mayo-agosto de 1941). — «Cuatro Poetas de Chile» (*Presencia*, México, D. F., octubre de 1941. Rep. con variantes: *El Nacional*. México, D. F., 1° de junio de 1943). — «La Poesía de Juan Rejano» (*El Nacional*, México, D. F., 18 de abril de 1943). — «Miguel Hernández» (*América*, *Tribuna de la Democracia*, ?). — «Mensaje» (*Tiras de Colores*, Vol. I, Núm. 1). — «América, no Invoco tu Nombre en Vano» (*Tiras de Colores*, Vol. I, Núm. 5). — «Dura Elegía» (*Excelsior*, 19 de junio de 1943). — «En los Muros de México» (*El Nacional*, 29 de agosto de 1943).